

ZA/192 CALCALA

Carmen

Revista

chica de poesia

española



JUNIO DE MIL NOVECIENTOS VEINTIOCHO

SUMARIO DEL NÚMERO

6-7

DESPEDIDA

LOS ANGELES MALOS

(SOMBRA)

EL CUERPO DESHABITADO

EL ÁNGEL DE LOS NÚMEROS

Rafael Alberti

LLAMAS, SANGRE

José M.^a de Cossío

ANTOLOGÍA

MEDUSA

Don Juan de Jáuregui

DIARIAMENTE

Luis Álvarez Piñer

POSESIÓN LUMINOSA

AMANECER

Emilio Prados

POESÍAS

Manuel Altolaguirre

POEMAS

BELLA ISLA 10 DE SETIEMBRE
EN LA NIEBLA

LOCURA DEL CHARLESTON
NO SER MÁS

Juan Larrea

CANCIÓN

Francisco Martín y Gómez

LUNA

Max Aub

LOS AIRES

Jorge Guillén

ANTOLOGÍA

PRÓLOGO A LAS RIMAS

Don Gabriel Bocángel

POESÍAS

J. Romero y Murube

TELEGRAMA DE MADRU-
GADA

José María Quiroga Plá

BODEGA Y AZOTEA

ATIENZA

LA RECONVENCIÓN AMISTOSA

Gerardo Diego



Carmen

6-7

Y ya no sabe Carmen, ante la dulce, abrumadora, venturosa coacción que le van tejiendo tantas nobles palabras de aliento y de enhorabuena, si decirlo adiós para siempre o hasta la próxima vista. Si estas siete moradas poéticas serán ya únicas o volverán a amueblarse en series sucesivas. Lo que sí sabe Carmen, y su boca necesita decirlo traduciendo abundancias del corazón, es que jamás olvidará lo que debe a cuantas generosidades han hecho posible que cumpliera sus propósitos. En primer lugar a la de los poetas colaboradores, que han querido someterse a las difíciles arbitrariedades electivas de su capricho. Si se atreve a solicitar perdón para sus yerros es sólo en gracia a la pureza de sus intenciones. También está reconocida a sus suscritores y a cuantas personas han contribuído material y espiritualmente a su apostolado de belleza.

Amigos de Carmen y de la poesía española: Adiós, es decir: A Dios. Quedad con Él. Que yo, Carmen, no sé ni puedo hoy decirlo más.

L O S Á N G E L E S M A L O S

(SOMBRA)

EL CUERPO DESHABITADO

I

YO te arrojé de mi cuerpo,
yo, con un carbón ardiendo.

—Vete.

Madrugada.

La luz, muerta en las esquinas
y en las casas.

Los hombres y las mujeres
ya no estaban.

—Vete.

Quedó mi cuerpo vacío,
negro saco, a la ventana.

Se fué.

Se fué, doblando las calles.
Mi cuerpo anduvo, sin nadie.

2

¿QUIEN sacude en mi almohada
reinados de yel y sangre,
cielos de azufre,
mares de vinagre?

¿Qué voz difunta los manda?

Contra mí, mundos enteros,
contra mí, dormido,
maniatado,
indefenso.

Nieblas de a pie y a caballo,
nieblas regidas
por humos que yo conozco,
en mí enterrados,
van a borrarne.

Y se derrumban murallas,
los fuertes de las ciudades
que me velaban.

Y se derrumban las torres,
las empinadas
centinelas de mi sueño.

Y el viento,
la Tierra,
la noche.

3

QUE cuatro sombras malas
te sacaron en hombros,
muerta.

De mi corazón, muerta,
perforando tus ojos
largas púas de encono
y olvido.

De olvido,
sin posible retorno.

Muerta.

Y entraste tú de pie,
bella.
Entraste tú, y ahora,
por los cielos peores,
tendida,
fea,
sola.

Tú.
Sola entre cuatro sombras.
Muerta.

4

DÁNDOSE contra los quicios,
contra los árboles.
La luz no le ve, ni el viento,
ni los cristales.
Ya, ni los cristales.

No conoce las ciudades.
No las recuerda.
Va muerto.
Muerto, de pie, por las calles.
No le preguntéis. ¡Prendedle!
No, dejadle.

Sin ojos, sin voz, sin sombra.
Ya, sin sombra.
Invisible para el mundo,
para nadie.

EL ÁNGEL DE LOS NÚMEROS

(A. E. R.)

VÍRGENES con escuadras
y compases, velando
las celestes pizarras.

Y el ángel de los números,
pensativo, volando,
del 1 al 2, del 2
al 3, del 3 al 4.

Tizas frías y esponjas
rayaban y borraban
la luz de los espacios.

Ni sol, luna, ni estrellas,
ni el repentino verde
del rayo y el relámpago,
ni el aire. Sólo nieblas.

Vírgenes sin escuadras,
sin compases, llorando.

Y en las muertas pizarras,
el ángel de los números,
sin vida, amortajado
sobre el 1 y el 2,
sobre el 3, sobre el 4...

RAFAEL ALBERTI

L L A M A S, S A N G R E

A Luis Cernuda

NOTABLE elogio de pintor el contenido en la expresiva frase, paleta limpia. Es decir, colores puros, intensos, en plena vibración de su genuina calidad. Así, en poesía, hay versos limpios de color, brillantes, inolvidables, y versos opacos, mates, sin esplendor. Hay tintas finas, vibrantes y tintas apagadas e inexpresivas.

Los colores que usa Rioja son siempre puros y resueltos; no palia su intensidad con mezclas o atenuaciones. Así, ante el esplendor dorado y rojizo de un bosque no duda para resolver en un solo adjetivo la complicación cromática del Otoño: amarilla selva. Elementalmente, el declinar vital por la rampa del tiempo, y el declinar del día son, para el poeta, ver fallecer al par,

si un inmenso verdor, un fuego inmenso.

Las flores, antes que documentos desengañados de su archivo moral, son una pura explosión luminosa. Aun sin buscar como fin poético efectos pictóricos, deja en la sensibilidad una huella indeleble de color. Su melancólica rosa amarilla, ocasión de compadecido panegírico, termina siendo inolvidablemente para los ojos

sola eterna amarilla entre las flores.

Pero su color predilecto, en el que agota los más ingeniosos recursos para lograr la más intensa y evidente expresión, es el rojo. Pocas veces le destaca por contraste entre otros colores, técnica característica de Herrera. Apenas si recuerdo estos versos como más notorios de esta intención; versos difícilmente superables en fina calidad. Corresponden a su silva El Verano:

Pues ¡cuál parece el búcaro sangriento
de flores esparcido,
y el cristal veneciano

a quien la agua, de helada,
la tersa frente le dejó empañada!

Su procedimiento más frecuente, repito, no es éste. Suele el color irrumpir sustantivamente, violento y vibrante, sin buscar apoyo ni referencia. Así, pura encendida rosa, clavel ardiente, o bien, flor encendida o en pura nieve y púrpura bañado, jazmín, o arrebolera en llama bañada. Su sistema consiste en subrayar el color con exponentes que eleven su potencia vibradora. De éstos suele aprovechar los dos más puros, y al par más patéticos, rojos que puede ofrecer la Naturaleza: la llama y la sangre. Su rosa es émula de la llama, y envidia suya el clavel. El fuego metafórico, ardiente en unos ojos, presta su rojo al poeta para la púrpura sucinta del jazmín.

A tu excelsa blancura
admiración se debe
por imitar de su color la nieve,
y a tus perfiles rojos
por emular los cercos de sus ojos.

O egregiamente alabando lo rojo y lo fuego de una boca:

Una blanda palabra generosa
arma y enciende en el purpúreo velo.

Al clavel dice:

Amor, amor sin duda dulcemente
te bañó de su llama refulgente.

Pero, por si aun no es suficiente el timbre agudo del color, pide su dramática intensidad al rojo vivo de la sangre.

Bañóte en su color sangre divina
de la deidad que dieron las espumas.

Difícilmente el rojo podrá alcanzar una más limpia vibración. Y me ocurre aquí subrayar que tal resultado se debe capitalmente a la simplicidad misma del procedimiento. Tiene Quevedo un soneto A Aminta, que teniendo un clavel en la boca, por morderle, se mordió los labios y salió sangre. No creo que puedan utilizarse más imáge-

nes de lo rojo para llegar a la expresión más evidente y luminosa de su color, y acaso precisamente por este exceso no consigue el resultado que Rioja con una sola imagen. Rubí, vergüenza, tiria grana, púrpura líquida, sangre y clavel son expresiones de lo rojo que reunidas en el soneto no logran el efecto definitivo que acaso hubiera logrado una sola. Góngora, sabiendo que Quevedo pintaba, le dirigió un soneto de burlas en que le decía esta verdad:

Tu pintura será, cual tu poesía,
bajos los versos, tristes los colores.

Y no consigue elevar el tono del color ni con el procedimiento del contraste, aun siendo tan bello como el contenido en esta insuperable imagen: la boca de blancas perlas granizada.

Rioja no complica nunca las imágenes, pero a veces las reduplica, logrando siempre un mayor efecto:

Si al dulce labio llegas que provoca
a suave deleite al más helado,
luego que tu encendido seno toca,
a tu color sangriento
vuelves, ¡ay, oh dolor! más abrasado.

Aún quedaba otro camino por tentar, y ni éste perdonó Rioja en aras de la eficacia colorista: la paradoja. Fue bizzarria aliar el más intenso puro, el de la nieve, con el color rojo:

Si yo entre vagas nubes de alba frente
me abraso, y entre blanca nieve y roja,
es culpa de tu amor...

Tal suprema intensidad de puro color había de aprovecharla Góngora, para quien la paleta poética no tuvo secretos. Por bien distinto camino, el del contraste conceptista, había de llegar al mismo resultado. Así de Galatea

duda el amor cual más su color sea,
si púrpura nevada o nieve roja.

JOSÉ M.^a DE COSSTO

A N T O L O G Í A

M E D U S A

FORMAN su greña en que a Megera iguala
víboras y serpientes; de éstas hizo
trenzas a veces por adorno y gala,
y compartió sobre la frente el rizo.
En cuello y pecho el áspid se regala;
imita su cabeza al crespo erizo,
cuando el vivo cabello sin concierto
tiende ramales de culebras yerto.

Si le peina tal vez, gime sujeta
la víbora y le muerde el duro seno,
tuerce el cuello y la lengua de saeta
humedeciendo el peine en su veneno.
Cuando el castigo con crueldad decreta,
funda su efecto en el engaño ajeno,
pues quien la mira en piedra se convierte,
donde ni vive ni padece muerte.

No aspira ni agoniza el transformado.
Menos le aguarda el trance repentino,
que en la peña el espíritu cerrado,
jamás para dejarla abre camino.
Allí a su vista por descuido errado
residió jaspe, el que, viviente, vino
pastor o fiera, y, con impulsos graves,
llovieron piedras si volaron aves.

Allí el halcón bregando, y la arrogante
garza que esferas diáfanas pasea,
ocurrió acaso, y el atroz semblante
dió treguas de peñasco a su pelea.
A los canes y corzos, semejante
hielo, y al suelto cazador saltea.
Prende igual pasmo al jabalí y sabueso,
y es sólo un risco la prisión y el preso.

Medusa vió su habitación poblada
de estatuas mil que figuró sin mano.
Aun el pendiente arroyo es piedra helada,
las plantas mármol, y pizarra el llano.
Creyó naturaleza amedrentada
fragar de un solo risco el globo humano.
Si la gorgonia faz le mueve guerra,
creyó la Tierra carecer de tierra.

Los mares y los vientos la temían,
los dioses conversarla recelaban.
Aun sus cabellos áspides huían
de ver el gesto cuya frente ornaban.
Las mauritanias ondas se desvían
hoy recelosas donde Atlante lavan;
Atlante, cuyo ser guardando el nombre,
monte le vemos y le vimos hombre.

Transformóle Medusa, y semejantes
señas Flegra dará del monstruo fiero,
donde tradujo montes de gigantes
y estupor mudo de furor guerrero.
Del ya difunto ceño los semblantes
operaban así, porque el primero
vigor y actividad guardó infundida
la cabeza, aun del tronco dividida.

Fué sagaz medio de su muerte Palas
y consiguió la misma, actor, Perseo,
cuando el vuelo encumbró en talares alas
rigiendo alfanje en vez de caduceo.
Ostentáronse bélicas sus galas,
claro pavés intercedió al trofeo,
en cuyo espejo, que el peligro excusa,
vió sin mirarle el rostro de Medusa.

Buscóla a tiempo, que, del sueño opresa,
aun las víboras duermen de su frente;
velan algunas, y a estorbar la empresa
el cuello estiran rechinando el diente.
Hizo en todas su mano, férrea presa
con el escudo, que mirar consiente
sólo espejado el trémulo cabello
en cuanto le segó la diestra el cuello.

¿Quién dirá de aquel ceño la espantosa
moción, cuando ya el ímpetu homicida
la cerviz destroncó, y en sanguinosa
espuma al espirar dejó la vida?
Los orbes de sus ojos con rabiosa
preñez revientan por llorar la herida.
Las sierpes silban, y con ira extrema,
rectas erizan hórrida diadema.

Con la cabeza en la siniestra mano
sus alas juega el triunfador guerrero,
y desdeñando el límite africano
el vuelo contra Europa alza ligero.
Palas divina con efecto humano,
que infeste impide el fértil hemisfero;
y al sitio la conduce en cuyo mundo
siempre es adusto el sol, nunca fecundo.

DON JUAN DE JÁUREGUI

D I A R I A M E N T E

AQUEL hombre experto de barbas regulares
era tan dueño de sus ojos
como la cortesía del humo

*Ligero como una caricia primordial olvidaba
su último vocablo*

*Apoyado en la música requería el ascenso
y el mérito de la lejanía acontecía en vano*

*Delicia de esperar de rodillas
en el principio de los colores
ahuecando la frente para los pájaros hambrientos
Lenta delicia viaducto delicado entre dos suspiros
con un poco de miel para las abejas jubiladas*

*Más allá del niño que sostiene sus ojos
con densidad de papel verde aun dentro del otoño
aquel hombre experto amanecía de garganta
obteniendo la máxima melodía
de dos pájaros al cruzarse
sobre esa hora que endurece las palabras*

*El traía en la yema de sus dedos
cinco llamas de mártir sobre todos
de los guantes enanos que traen la gloria de las estrellas
en los vientos que pasan
sin rozar su caída de ojos*

LUIS ÁLVAREZ PIÑER

P O S E S I Ó N L U M I N O S A

I GUAL que este viento, quiero,
I figura de mi calor
ser, y, despacio, entrar
donde descansa tu cuerpo
del verano; irme acercando
hasta él sin que me vea;
llegar, como un pulso abierto,
latiendo en el aire; ser
figura del pensamiento
mío, de ti, en su presencia;
abierta carne de viento,
estancia de amor en alma.
Tú—blando marfil de sueño;
nieve de carne; quietud
de palma, luna en silencio—
sentada, dormida en medio
de tu cuarto. Y, yo, ir entrando
igual que un agua serena;
inundarte todo el cuerpo
hasta cubrirte y, entero,
quedarme ya, así, por dentro,
como el aire en un farol,
viéndote temblar, luciendo,
brillar en medio de mí,
encendiéndote en mi cuerpo,
iluminando mi carne
toda ya carne de viento.

A M A N E C E R

¡QUE cerca! ¡Desde mi ojo a tu
ojo, ni el canto de un alma!
Engarzados sobre el viento,
como pájaros a un mismo
cinto, prendidos al cielo
estamos los dos. ¡Qué juntos
nuestros perfiles en medio
del día! ¡Qué altos van! ¡Qué limpios
vuelan arriba, ya sueltos,
libres del mundo, los rostros,
flotando en la luz; abiertos
como dos flores sin tallo,
en ella, vivos, sin cuerpo
que los pueda sujetar
abajo en lo hondo, al suelo!
Juntos, por entre las nubes
están volando, altos, quietos,
parados igual que estrellas
del alba y aun más serenos
que estrellas, como dos plumas,
igual que peces del viento
suspendidos sobre él
con el sedal del silencio,
que los mantiene colgados,
por los ojos, sobre el viento.

EMILIO PRADOS

P O E S Í A S

I

*T*U, yo y el aire enmedio.
¿Eras tú o era yo el que vivía
guardado en un espejo?

No mirábamos el campo,
mirábamos hacia adentro.

¿Era mi alma o un ángel
lo que guardaba el espejo?

Era mi alma y un ángel
y un alto cristal enmedio.
Por una senda con flores
caminaban en silencio.

2

A B R A Z O

*C*ONTIGO, cristal claro,
y con mi carne negra,
aires blancos y negros,
apretamos la tierra,
bajo tu cuerpo en día,
bajo el mío en eterna
y desolada noche.

*El sol te transparenta
e ilumina los campos
que bajo tí se encuentran,
pero mi cuerpo opaco
a toda luz se niega.
Nuestro amor prisionero
está como la tierra,
bajo tu cuerpo en día,
bajo el mío en tinieblas.*

3

*MIRATE en el espejo y luego mira
estos retratos tuyos olvidados,
pétalos son de tu belleza antigua,
y deja que de nuevo te retrate
deshojándote así de tu presente;
que cuando, ya invisible, sólo seas
alto perfume: alma y recuerdo,
junto al tallo sin flor, pondré caídos
estos retratos tuyos, para verte
como aroma subir y como forma
quedar abandonada en este suelo.*

MANUEL ALTOLAGUIRRE

1928

P O E M A S

BELLA ISLA 10 DE SETIEMBRE

DE pie sobre el escabel de este pulso emigrante
de este pulso de pájaros influyente sobre el humor del mar
ligero ligero
al releer tus cartas para mantenerme a distancia
de un crepúsculo más frágil que caliente es el silencio
yo sirvo de transición entre la pluma y el ángel

El cazador furtivo a esta hora cruje como un camino que se bifurca
o bien como las lilas que brotan dulcemente de los cerebros
al discutir la utilidad de una selva lejana
él acaba de perder la esperanza
como se pierde un collar a las siete
en vano es que se diga
sonreír a pesar de todo no es asesinar la tarde
aunque algunas plumas caigan de ella

Lo mismo que cuando el mar estrangula una paloma
por amor a la geografía
las olas no ocultan el efecto que el viento les produce
yo me acuerdo de tus senos en forma de ciudad
cuando mi corazón despliega sus banderas de actividad
hacia el horizonte que estalla
ingratuela
ingrata ingrata a la hora de los cumplimientos
sin más distancia que algunos paquebots de aliento
tú eres más deseable que la guerra de los cien años

En cuanto al tiempo yo te amo como una aduana serena
te amo por transparencia te amo

Juan

EN LA NIEBLA

EN la niebla raza de nuestra raza domicilio
de las faltas de convicción de nuestros fantasmas
desde los gendarmes hasta las hipótesis más atrevidas
hasta los almendros obligados a presagiar el porvenir de
nuestra Europa

la nuestra la de los diplomáticos
que subordinan las flores a las secretas inclinaciones de nuestra piel
guardando un equilibrio exento de ociosidad
occidente bello occidente
antes que el sol encuentre la máscara que busca
entre las ramas y que ya se inclina a recoger

El hombre es la más bella conquista del aire

LOCURA DEL CHARLESTON

SU olor se alía a la obediencia de mi memoria
si en el mundo existen hojas ella no tiene la culpa
los muros de alas sufren olvidos cambiables por muebles de época
su voz agrupa en la sombra las ráfagas de ojos negros

Sus manos de habitación que comunica con el establo
respiran el orden que reina en el corazón de los rompientes de luz
sus ojos se agrietan en la superficie de un agua de mesa
sobre la mesa una flor sostiene su presencia de espíritu

Ella come las víctimas de un durmiente solitario
al andar desprende una estatua a cada paso
pero cuando su piel no es más que una nueva forma de obediencia
el plumón que mi alma despide hacia su ombligo
sale en tribus de nieve o de huesos sacudidos por la danza
sale de los pequeños túneles de mis piernas fatigosas

N O S E R M Á S

NO ser más que una brizna de tierra pero mezclada a la caza
de los gamos
una articulación
de soplo y de polvo
tener un chaleco sin siquiera una sombra de hiedra
y un poco de atardecer entre los ladrillos del corazón

JUAN LARREA

C A N C I Ó N

*L*A noche llegó callando...
—¡Yo quiero un ramo de estrellas
para ponerlo a tu lado!—

*La noche se fué callando...
—y mi ramito de estrellas
se deshojaba en mis manos—*

*Mañana—amor—he de hacer
con más estrellas el ramo
¡y ni el sol del mediodía
le ha de apagar en mis manos!*

FRANCISCO MARTÍN Y GÓMEZ

L U N A

Peaje a J. G.

*A*RRIBA clara en lo oscuro,
fuente múltiple en el mar,
rodando vacío muro
que vana intenta saltar,
mofletuda o menguante
según el humor cuadrante
y el calendario preciso
al exacto, único amado:
rielar que se fuga a nado,
«Corre, ve, dile, Narciso».

MAX AUB

L O S A I R E S

*¡D*AMAS altas, calandrias!

*Junten su elevación
Algazara y montaña,
Todavía crecientes
Gracias a la mañana
Trémula del rocío,
Tan cándida y sin tasa,
Bajo el cielo inventor
De distancias, de fábulas...*

*¡Libertad de la luz,
Damas altas, calandrias,
Lo rubio, lo ascendente!*

*Sean así la traza,
Tan simple aún, clarísima,
De las profundas Nadas
Gozosas de los aires,
Con un alma inmediata,
Sí, visible, total
¡Ah! para la mirada...*

¡Damas altas, calandrias!

JORGE GUILLÉN

A N T O L O G Í A

PRÓLOGO A LAS RIMAS

*Al que gustare de leer, no
al que leyere sin gusto.*

PARECEME digno de reparar el estilo que se tiene en estas epístolas, de decir *al lector*, siendo muchos los que han de leer; y saco desta consideración, que sin duda se dijo porque el desapasionado lector es sólo uno entre mil, que con varios dessinios toman un libro en la mano y le tocan, no con los dedos, sino con las uñas. Algo tiene esto del asunto de aquel filósofo que a mediodía buscaba un hombre por las calles con una hacha en la mano: tanta luz le parecía que era menester para descubrir alguno que mereciese este nombre. También debió de conocer la esterilidad de los buenos naturales aquel orador que dijo bastarle para oyentes pocos, y que uno basta, y aun ninguno. Bien reconoció esta verdad Persio, cuando decía: «¿quién me leerá?» Pues no por eso dejó de escribir tan bien como se sabe y estima.

No me fuera difícil probar que ningún escrito (y más en la delicadeza deste siglo) puede agradar a todos, si no temiese alargarme. Pero adviértase que no hay en los manjares más opiniones. A unos les agrada lo dulce, otros lo llaman desnervado; unos apetecen religiosos preceptos, y pasan a superstición; otros aman libertades de ingenio y exceden a delirios. Muchos gustan del porrazo del verso hinchado y de la extraña locución; y al contrario, muchos desprecian este instituto, llamándole engaño de los oídos. Estos no es-

tán tan engañados, porque el boato de las oraciones es muy ordinario ardid para suspender la atención en el sonido, y paliar la falta de sentencias, que deja sólo ruido en los oídos como el trueno. Así lo juzgó Quintiliano cuando dijo: «Muchos hay que, hallándose con una abundancia turbulenta de palabras, rodean las oraciones llevados de lo brillante y ostentoso; de cuyos enredos ¿qué puede resultar sino oscuridad y desazón?»

Más lastimosamente incurren los que se despeñan por la bajeza del decir, pensando que es aquello lo natural. No es, por cierto, sino lo poltrón, en términos de Italia, y en los nuestros, lo bajo y lo inculto, lo que llama «prosa numerada» un cortesano deste lugar. «No podemos hablar—dijo el orador que citamos—nada grande sino con voz grande.» Y porque se ha venido a la pluma, no pasará en silencio la ignorancia de algunos, que por verse quizá remotos del estilo grande, dicen mal de lo culto, como si hubiese algo bueno en la Poesía si no es lo culto. Pregunto: ¿para qué quiere Horacio que se esté siete años el cuaderno en el cofre? ¿Para qué está el jardinero, con la tijera en la mano, igualando los mirabeles? Y como dice nuestro poeta,

*ya poda el ramo inútil, y ya ingiere
en su vez el extraño.*

Eso es porque no se extrañe tampoco a los que imitan a sus mayores. En verdad, que me tengo de atener más a Horacio, que me dice, que día ni noche no los deje de mi mano:

*Vos exemplaria graeca
nocturna versate manu, versate diurna.*

Séneca es de los que se muestran menos menesterosos de algo ajeno, y dice que el escritor ha de ser como la abeja, que hace su miel de las flores que ha visto y gustado. Y no falta quien por alabar mucho a Virgilio diga que hizo felicísima vendimia de ajenos racimos.

Pero vamos a lo culto, que voy a probar que sólo es lo bueno; y vuélvome a comparar los escritos de ingenio a los jardines, a la

vigilancia que debe tener el cultor en apartar la mala hierba y en encaminar la buena planta, que en la Poesía es la estructura de las voces, el compadecer la grande elegancia con la suma claridad, y que ésta sea primero que aquélla. No descaecer, ni pensar que a cuenta de cuatro versos buenos se ha de pasar uno malo, porque el malo siempre se aborrece. Pero dejemos esto, así porque no piensen que hay algo desto bueno en mis cosas, como porque me correré más de confesar aquello de que carezco; y digo que nadie confunda lo culto con lo oscuro, que lo oscuro no es culto, sino inculto, y lo claro está sujeto igualmente a ser malo, ni puede ser bueno sólo porque es claro. Esto es sólo apuntar al lector lo que tan doctamente verá en el *Discurso Poético* de don Juan de Jáuregui, como ejecutado en los escritos del autor, discurso donde hallará el poeta un espejo y una perfectísima idea donde componer lo que pretendiere eternizar, y desagravio de nuestra nación en cualquiera envidia que haya tenido, en esta parte, de las extrañas.

Aquí, pues, lector amigo, van algunos versos y prosas, no de los papeles que se sacan a enseñar antes de enjuta la tinta, bien que son ocios interpuestos a mayores estudios en discurso de ocho años que los he profesado. Hallo muchos que desean verlos impresos, y cuando no se estampen sino por ver los fines éstos, tendría por logro conocer a tantos a costa de mi mengua. He procurado hacer plato para todos, porque los asuntos son diversos, y, si no me engaño, breve el cuaderno todo, en fe de que conozco que desto sobraría más. Aquí le presento con más colores de vergüenza que de retórica. Y si acaso no merece agasajo (como temo de mi rudeza), eso será haberle merecido más con los que alcanzan el gran mérito que tiene el beneficio hecho al que no lo merece.

DON GABRIEL BOCÁNGEL

Madrid

1627

*S*OBRE mi frente, cautiva
por un instante, ¿no cedes
tu gracia fugaz, no puedes,
tarde, tu carrera esquiva
contener? Vas, fugitiva
de tus propios resplandores:
que a los altos miradores
del aire te asomas, tarde,
ya de la noche, y aun arde
tu fuga en siete colores.

CANCIÓN DEL JARAMAGO

*L*UZ para nadie mirarla.
Vana alegría perdida
en el silencio sin tasa.

*Ángulos húmedos, fríos,
lo guardan siempre, lo guardan
en los patinillos pobres
de luz en el aire ahorcada.*

*¡Alma de agua, jaramago,
jaramago de oro, canta
bajito, bajito, débil,
tu amor a paredes blancas!*

*T*EMBLOR de luz en el cielo,
campana, con tu sonido
en tierra de aire nacido
ramo de música y vuelo.
Novia del viento y desvelo
de la calma azul, que herida
por la caricia medida
del contacto irreprimible
con el volumen sensible
de tu voz, tiembla vencida.

J. ROMERO Y MURUBE

*Carmen se asocia al duelo por la muerte del
poeta Ramón de Basterra.*

TELEGRAMA DE MADRUGADA

PAISAJES vi, que ahora sueño
En construído diamante
A que ponen rubio andamio
Los violines del aire
Cribando, al sesgo, el arisco
Silencio de los pinares
Que en tu redonda mirada
Cotidianamente nacen.

Voces oí. Y eran todas
Voces de las soledades
Que, desnudo nadador,
Pasé a cuchillo, entrevisto
Ecuador de sus cristales
—Mas no esta voz espigada
Que ahora mi vida reparte,
Jugando luces y sombras
En alternados escaques.

Cifrado—como en apunte
De escolar—, ya todo en clave
Viva, elemental, rizada
De paréntesis y llaves,
El mundo bajo tus dedos
Su gracia eterna contrae,

Rosa nueva en que mi vida
Resume el después y el antes.

Vuelve las hojas—cuaderno
O flor—:

 Más adentro, el ángel
Verificador de sueños
Pone en verso tus mensajes,
Reduciendo al alfabeto
Nuestros sollozos distantes.

JOSÉ MARÍA QUIROGA PLÁ

B O D E G A
Y
A Z O T E A

A T I E N Z A

A Eduardo Olmedillas

*A*TIENZA de los juglares,
alto navío de ruinas
que nunca has visto los mares:
te traigo—mis azahares—
ramos de espumas marinas.

Castillo, línea quebrada,
dibujada
sobre el azul, que es ya verde,
que palidece, que pierde,
que se arría,
que—sin bandera—se estrella.
Línea aún más voltaica y fría
cuando ya el alba destella,
y su anís de luz vacía
—limón, naranja, grosella—
arde en júbilos de grana.
Para volver al celeste
—norte, sur, este y oeste—
cenit de luz castellana.

Abre, Atienza, tus balcones
—verdes balcones de Atienza—

ábrelos al aire y trenza
tu piedra heráldica en nudos
y en cordones,
y encrésjala en tus escudos.
Diez siglos caen en vellones
sobre tus niños desnudos.
Vuela el águila, y tu plaza
—triángulo—ve en declive.
Lenta, sus círculos traza
y el triángulo en medio inscribe.

Atienza, tus campanarios,
torres casi vegetales,
crecer querrían leales,
pero no alcanzan los nidos
caudales
que esconden itinerarios
en sus ovillos, dormidos.

Más altas van tus almenas.
Huid ya, sombras agarenas.

Cuatro enemigos paisajes,
frente a frente,
dominas, cuatro tatuajes
que el ojo cerrado miente
—Atienza, adiós—todavía.
Adiós, flor de los cristianos.
Del Cid fuiste y ya eres mía.
Yo he de volver otro día
a tocarle con mis manos.

LA RECONVENCIÓN AMISTOSA

NADA por hoy es más breve
que el amor junto al pasado
o que un gato recortado
en puro papel de nieve
Yo por eso mientras llueve
no digo mi profecía
La guardo día tras día
bajo unas alas tan buenas
que ya no la advierte apenas
desde el olvido el vigía

Ay del vigía que mide
el malestar y el arcano
y ay del que pasa la mano
por la ola y no la impide
Y del geómetra y de
aquel que acercaba ayer
un fósforo de mujer
a la conciencia del acto
y ay del pobre autodidacto
que no sabe atardecer

Escúchame pues Te ruego
Y acodada en lo probable
permíteme que te hable
entre tres naipes de fuego
Como en la costa del pliego
naufraga a veces la frente
quiero que tengas presente
en este día sin baño

que es un cuerpo el desengaño
con olas de adolescente

Quizá hayas visto en el hueco
de tus manos cómo baja
la virtud y cómo encaja
en el dique limpio y seco
Toda la música es fleco
que tú haces y el viento olvida
No dejes por Dios perdida
tu mirada de aluminio
Cíñete en corvo dominio
la corbata de tu vida

Tu vida es una corbata
circunvalación del pozo
corbata verde sollozo
que se ata y se desata
Y una amable catarata
se abrirá si eres sencilla
que de la percha a la silla
caerá en pliegues de pañuelo
aunque ella y el violonchelo
tornen la nieve amarilla

El violonchelo que moja
y la nieve que se cansa
peinan nuestra ropa mansa
hilo a hilo y hoja a hoja
No te duermas Desaloja
el aire que hinche tu busto
que equivale en peso al justo
volumen de mi arrebató
Y ahora exacta como un plato
duérmete si ese es tu gusto

GERARDO DIEGO



C a r m e n

Revista chica de
poesía española

Director:

Gerardo Diego,
Real Instituto de Jovellanos, Gijón

Depositario:

Manuel de la Escalera,
Gran Cinema, Alameda 1.ª, Santander.

Secretario-Administrador:

Luis Alvarez Piñer,
Cienfuegos, 18, Gijón.

Impresor:

Aldus, S. A. de Artes gráficas, Santander.

PRECIO DE LA COLECCIÓN DE SIETE NÚMEROS
DIEZ PESETAS

Carmen ha publicado en los números que se indican respectivamente originales de Rafael Alberti (1, 3-4 y 6-7), Vicente Aleixandre (3-4), Manuel Altolaguirre (3-4 y 6-7), Luis Alvarez Piñer (2 y 6-7), Bartolomé Leonardo de Argensola (1), Max Aub (6-7), José Bergamín (2), D. Gabriel Bocángel (5 y 6-7), Luis Cernuda (1 y 3-4), José M.ª de Cossío (3-4 y 6-7), Gerardo Diego (1, 2, 3-4, 5 y 6-7), Basilio Fernández (5), Federico García Lorca (2 y 3-4), Jorge Guillén (1, 3-4 y 6-7), D. Juan de Jáuregui (6-7), Juan Larrea (1, 2, 3-4, 5 y 6-7), Fray Luis de León (3-4), Francisco Martín y Gómez (6-7), Emilio Prados (6-7), José María Quiroga Plá (3-4 y 6-7), J. Romero y Murube (6-7), Pedro Salinas (2 y 5), José Somoza (2), «Un poeta enigmático y solos» (5), Adriano del Valle (6-7), y Fernando Villalón (2).

3 plas.